

1. La definición del tema y el análisis de sus contenidos e implicaciones pedagógicas.
2. La determinación de la relación dinámica que puede existir entre el tema transversal y los objetivos y contenidos de las áreas.
3. La concreción de las pautas de actuación docente y estrategias que se vayan a seguir en el desarrollo del tema dentro del currículo de cada una de las áreas.

En la tercera parte, el autor se enfrenta a cada uno de los temas transversales, a partir de una breve y esquemática aproximación a sus soportes conceptuales. Realiza un primer diseño de los valores y actitudes que los sostienen, y de los objetivos educativos que se deberían plantear en la escuela con referencia a cada uno de ellos.

En el último capítulo, unos cuadros de síntesis ofrecen, en su conjunto, la propuesta ética o el proyecto o modelo de humanización que se podría plantear como parte esencial del proceso de aprendizaje escolar a lo largo de toda la enseñanza obligatoria; un proceso apasionante, aunque también complejo, por lo que supone de transformación personal, no en niveles epidérmicos, sino en el plano de los valores y de las actitudes profundas.

El libro concluye con algunas consideraciones generales que pueden servir de pórtico para tener acceso a un segundo nivel de reflexión, ya más operativo.

De la lectura de estas páginas, se deduce con nitidez, que los temas transversales no son un añadido, ni tampoco son unos contenidos planteados paralelamente al currículum; sino que constituyen un proyecto global de valores o proyecto de humanización que fundamenta las áreas al igual que lo hace con el Proyecto Educativo.

M.<sup>a</sup> TERESA BOLADO IBÁÑEZ

CAMPS, V. (1993), *Los valores de la educación*. Madrid: Alauda.

La pregunta fundamental que la autora va haciéndose a lo largo del libro, es si merece la pena educar en valores éticos a nuestros alumnos. Prácticamente todos los educadores nos hemos planteado alguna vez esta cuestión. A lo largo de los ocho capítulos se intenta ofrecer una respuesta positiva y convincente, buscando sobre todo una toma de conciencia más que una metodología concreta.

El primer capítulo, a modo de introducción, analiza el papel que los valores éticos tienen en nuestra sociedad y en nuestro sistema educativo. La necesidad de su presencia en el currículum escolar resulta indiscutible si se quiere formar en su sentido más amplio y completo la personalidad del niño. Sin embargo, con demasiada frecuencia, damos una importancia mucho mayor a los aspectos instructivos y de transmisión de conocimientos. Quizá sea un reflejo del modo en que percibimos la dinámica social, en la que priman ideas economicistas y materialistas. Pero, para la autora, ética y bienestar no tienen por qué ser incompatibles sino factores complementarios que, correctamente equilibrados, nos permiten un desarrollo verdaderamente humano.

Una vez aceptada la necesidad de la ética en la educación, surge de inmediato la

dificultad de concretar y definir su concepto y los elementos o valores que la fundamentan; dicho de otra manera: ¿cómo se pueden llevar a la práctica unos ideales sobre los que todos coincidimos en su sentido general, pero que cada uno aplica e interpreta de mil maneras diferentes? Esta confusión inicial plantea muchos más interrogantes que aclaraciones al referirnos al ámbito escolar:

- ¿Cómo deber ser enseñada la ética?
- ¿Quién es el encargado de llevarla a cabo?
- ¿No será contraproducente inculcar valores que la sociedad parece menospreciar?
- Etc.

En el capítulo segundo se hace una revisión histórica del pensamiento occidental en torno a la consideración de la «dignidad» de ser humano, pues no en vano la manera en que se entienda este concepto da origen a escalas de valores muy diversas y a actitudes a veces enfrentadas. Desde el «ciudadano» griego a la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, el camino recorrido ha sido largo y difícil. Sin embargo ha servido para afianzar una línea común, al menos en los aspectos teóricos, de búsqueda de la libertad, la igualdad, la solidaridad, el respeto y otros valores cuya asunción en nuestra cultura parece firmemente arraigada.

Los capítulos restantes se dedican a promemorar sobre estos valores fundamentales manteniendo una visión histórica de su origen y significado, deteniéndose en aquellos autores cuya contribución se considera decisiva.

A pesar de que la autora analiza en cada capítulo uno de estos valores para ofrecerlo con entidad propia (la igualdad en el tercero, la libertad en el cuarto, etc.), no cabe duda de que existe una relación tan estrecha entre todos ellos, que su aprehensión sólo puede ser global, como síntesis integradora, pues se exigen y justifican mutuamente, como piezas de un puzzle que sólo completo puede adquirir sentido.

La aportación a nivel teórico nos parece enormemente positiva por el esfuerzo de síntesis que la autora lleva a cabo y la fundamentación de la ética en la propia condición del ser humano, en su razón y en su capacidad de apertura hacia los demás, sin recurrir a presupuestos externos (religiosos, políticos, etc.) que pudieron tener primacía en otros períodos históricos.

Es, pues, una concepción moderna de nuestro tiempo, aunque no parezca el más propicio para este tipo de planteamientos.

A nivel práctico sus aportaciones son escasas, seguramente porque no se plantea este objetivo. Nos convence sobre la necesidad de colaborar desde la escuela en el empeño de llevar a nuestros alumnos algo más que instrucción y conocimientos técnicos, y nos ofrece algunas líneas de actuación: el educador con actitud crítica y ejemplar ante temas como la violencia, la discriminación, la manipulación de la conducta, la intolerancia, etc.

No se ofrecen soluciones concretas, ni actividades, ni metodología, pero así se deja libre al maestro para que encuentre sus propias fórmulas; no olvidemos que la ética propuesta por la autora sólo es plenamente coherente si surge de la iniciativa voluntaria de cada uno.